

## PROPOSITOS.

1.º ¿Es proceder como sabios el elegir un camino porque es fácil, y está mas trillado, aun cuando se sepa que nos aleja del término adonde se quiere ir? Tal es la conducta de aquellos que no quieren mas que directores flojos y complacientes, y no gustan de otra moral que la mas cómoda. Las gentes de cualidad, las gentes ricas, los que pertenecen á clases distinguidas, son por lo comun de este gusto; quieren ser contemplados hasta en la práctica de los mandamientos, hasta en el tribunal y en el ejercicio de la penitencia. Expónense sin disfraz y sin consideracion las órdenes del Señor al artesano; pero se necesita del arte de la elocuencia para no ofender la delicadeza de los grandes cuando se les exponen las verdades de la religion y las máximas del Evangelio. Diríase que se hace odiosa una moral cuando es muy cristiana; es preciso saber sazonar con cien géneros de correctivos las máximas de Jesucristo para que agraden: ¿y no se diría que es á los paganos á quienes se predica? Examinemos si tal vez somos nosotros cristianos de este carácter. ¿Acaso no hemos escogido un confesor flojo, ignorante, complaciente, poco zeloso? ¿no seguimos una moral demasiado indulgente? ¿A un médico poco hábil, ó que lisonjease nuestro mal, le despediríamos; ¿y piden por ventura menos resolucion ó menos zelo las enfermedades del alma y su salud eterna? El amor propio ciego, el interés aturde; no consultemos ni al uno, ni al otro. No hay mas que una fe en nuestra religion, no puede haber mas que una moral. Dios no defiende á nuestros errores, cuando el corazon tiene tanta parte en ellos

como el entendimiento. No nos lisonjeemos sobre un punto de esta importancia.

2.º El camino que lleva á la perdicion es espacioso, y el número de los que van por él es grande. ¿No nos formamos un sistema de conciencia á nuestro gusto? Rígidos, austeros para los demás, ¿no nos aplicamos toda la indulgencia? Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata de nuestros intereses, esa tendencia á sostener nuestros derechos, ¿no hacen sospechosa nuestra moral? Esas dispensas del ayuno, acaso tambien de la abstinencia y de las demás austeridades necesarias; esas sumas considerables, con crecido interés; esa suntuosidad ó delicadeza de mesa; esas diversiones tan multiplicadas; esa continuacion en el juego; esos refinamientos en los placeres; ese estudio enfadoso por las comodidades; esas interpretaciones demasiado indulgentes de la ley; esas frialdades para observarla; ese gran tren, ese lujo, ¿prueba todo esto que se va por el camino estrecho? ¿No demuestra mas bien que se sigue el camino de los réprobos, siguiendo á la multitud? Hé aquí un gran motivo de exámen y de reflexiones; pero no paseis el día sin ver en vosotros mismos el fruto por una mutacion de conducta.

## JUEVES DE PASION.

La proximidad del gran día de las misericordias del Salvador, y del sacrificio de su vida que debia hacer á Dios su Padre por la remision de nuestros pecados, obliga á la Iglesia á acompañar su luto con los sentimientos mas interesantes de la contricion mas viva.



Ella comienza la misa de este día por un reconocimiento sincero de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mayores castigos; pero la vista de la infinita misericordia del Señor la asegura. *Señor, todo lo que habeis hecho, lo habeis hecho por un juicio muy equitativo. Nosotros hemos merecido todos los castigos, porque hemos pecado contra vos, y no hemos guardado vuestros mandamientos. Pero dad gloria á vuestro nombre, y tratadnos segun la grandeza de vuestra misericordia.* Estas palabras están tomadas de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos de Babilonia, en el horno encendido adonde habia sido arrojado con sus dos compañeros de orden de Nabucodonosor.

La epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, referida en el tercer capítulo del profeta Daniel, en donde se halla toda esta historia.

Entre los cautivos que fueron llevados de Jerusalem á Babilonia por el rey Nabucodonosor, habia muchos niños de la primera calidad, entre los cuales hizo escoger este príncipe cuatro de los de mejor presencia, y que descubriesen mas talento, para que sirviesen en palacio entre los oficiales de su cámara. El primero de los cuatro era Daniel, el cual por su sabiduría y su talento llegó muy pronto á ser el favorito del príncipe: los otros tres fueron Ananías, Misael y Azarías, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndose prendado de ellos Nabucodonosor, mandó que por espacio de tres años fuesen amaestrados en los ejercicios convenientes á su calidad, y á los empleos á que estaban destinados por el príncipe, que quiso tambien que se les enseñase la lengua y los estilos del país, y que se alimentasen de las viandas

y del vino de su mesa; pero exactos observadores de la ley del Señor, no quisieron jamás tocar á las viandas caldeas, y obtuvieron del oficial encargado de su educacion el que les dejase comer solo legumbres y beber solo agua. Habiendo sido Daniel elevado á las primeras dignidades del reino, despues de haber interpretado el famoso sueño que habia tenido el rey, no olvidó á sus amados compañeros, y todos tres fueron nombrados intendentes de las obras de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad, ni su zelo por su religion; pero les atrajo envidiosos que resolvieron perderles. No tardó en presentarseles ocasion para ello.

Embriagado Nabucodonosor con la altura de su poder, con sus conquistas y con todas sus prosperidades, quiso que se le rindiesen los mismos honores que se rendian á los dioses del imperio. Para esto hizo labrar su estatua de oro fino, de sesenta codos de alto y seis de ancho, y la hizo colocar en el campo de Dura, con orden á los príncipes de su corte, á los magistrados de las ciudades, á los gobernadores de las provincias, y á todos los empleados, de que se hallasen en la dedicacion de la estatua. Hallóse allí una multitud increíble en el día señalado, á la cual se le intimó de parte del rey, que en el momento que se oyese el sonido de las trompetas y de los demás instrumentos, adorasen todos la estatua, so pena á los que se negasen á obedecer de ser arrojados al instante en un horno de fuego. Postráronse todos á la señal; solo los intendentes de la provincia de Babilonia, Sidrac, Misac y Abdenago (estos eran los tres nombres caldeos que se habian dado á los tres jóvenes hebreos, Ananías, Misael y Azarías) no creyeron



que debían obrar como los demás. Fueron notados, y denunciados al rey como infractores de sus órdenes; llamados á su presencia confesaron el hecho, y dijeron resueltamente al rey, que ellos no adorarian jamás sino al verdadero Dios, único soberano Señor del universo, y que, aun cuando les debiese costar la vida, nunca adorarian ni sus dioses, ni su estatua. Esta respuesta irritó de tal modo á Nabucodonosor, que, arrebatado del furor, mandó que el fuego del horno se encendiese siete veces mas activo que era costumbre encenderlo; y habiendo hecho atar en su presencia á los tres oficiales hebreos, los mandó arrojar con sus vestidos en el horno. Los encargados de esta ejecución eran soldados de su guardia, escogidos de entre los mas robustos. Apenas los hubieron arrojado en el horno cuando, la llama, saliendo como un torbellino, envolvió á los soldados y á los caldeos que se hallaron mas cerca del fuego, y en el mismo punto los consumió. Sin embargo, los tres hebreos se mantuvieron en el horno encendido como si estuvieran en un lugar de refrigerio, sin que el fuego hubiese quemado mas que sus ataduras; veíaseles pasear tranquilamente en medio de las llamas alabando á Dios, y bendiciendo al Señor, que obraba en su favor uno de los mayores prodigios. Entonces Azarias, á quien los Babilonios llamaban Abdenago, manteniéndose en pie en medio del fuego, dirigió en alta voz, en nombre de todos, á Dios la oracion que constituye el asunto de la epistola de la misa de este dia. Despues de haber bendecido al Señor, y expresado el deseo de que fuese glorificado en todos los siglos; despues de haber confesado cuán justos son sus juicios ordenando los males que habian descargado sobre todo su



*Veíaseles pasear tranquilamente en medio de las llamas alabando á Dios...*



pueblo y sobre Jerusalem ; despues de haber reconocido que todos aquellos azotes eran castigos de sus pecados, implora al fin su misericordia infinita , y suplica en medio de aquel gran teatro de su bondad, en medio de aquellas llamas que no han podido dañarles, que no abandone á su pueblo, y le conjura por su nombre y por su gloria que no anule su alianza. *Castigadnos, Señor, dice, lo merecemos; pero de un modo que no padezca vuestra gloria : no aparteis vuestra misericordia de nosotros.* Admiramos aqui el motivo que presenta para ello : *en consideracion, dice, de Abraham vuestro muy amado, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo.* Tanta verdad es que en todos tiempos se ha vivido en la persuasion de que el crédito de los santos para con Dios era poderoso, y que en consideracion á ellos otorgaba Dios muchas gracias. Acordaos, Señor, continúa, que vos les habeis prometido multiplicar su posteridad como las estrellas del cielo, y estamos reducidos á un número mas pequeño que el de cualquiera de las naciones de la tierra ; vivimos en la oscuridad ; no se ven ya entre nosotros ni reyes sobre el trono, ni profetas con autoridad, ni forma alguna de república arregiada. Jerusalem está arruinada, vuestro santo templo profanado, no tenemos ni sacrificios ni oblaçiones ; porque el estado á que nos vemos reducidos, no nos permite apaciguar vuestra cólera, ni recurrir á vuestra clemencia, ofreciéndoos en vuestro templo sacrificios sangrientos : recibid, al menos, con bondad el único sacrificio que podemos ofrecer, que es un corazon contrito y humillado, que implora vuestra misericordia. Dignaos, Señor, mirar con ojos favorables á vuestro pueblo afligido, y dejaos ablandar por nues-



tros gemidos y por nuestras lágrimas, como en otro tiempo por los holocaustos de los carneros y de los toros que se os ofrecían en el templo. *Haced, Dios y Señor, que de tal modo se presente hoy delante de vos el sacrificio que os ofrecemos, que os sea agradable.* Estas palabras las ha ingerido la Iglesia en el cánon de la misa. Por fin Azarias, animado del Espíritu Santo, no olvida en esta admirable oración ningún motivo que sea á propósito para interesar el corazón de Dios y desarmar su cólera: confesión sincera de sus desbarros, dolor de haber pecado, propósito de conversión, confianza en su misericordia, de todo se vale en medio de aquel horno, para apaciguar la indignación de Dios sobre todo el pueblo.

El evangelio refiere la conversión de la célebre pecadora, que se hizo un modelo de devoción, de fervor y de penitencia desde el principio de su conversión.

Un fariseo, esto es, uno de los judíos que hacían profesión de observar con más religiosidad los mandamientos de la ley, y de hacer una vida más santa á los ojos de los hombres, rogó al Salvador que fuese á comer á su casa. Aceptó el Salvador con el designio que tenía de atraer por su dulzura y por su complacencia á unas gentes que no le amaban, y sobre todo el de acabar la conversión de una alma que había vivido hasta entonces en el desorden, y á la que había ya tocado su gracia. Mientras que estaban á la mesa, recostado cada uno sobre uno de aquellos lechos que se ponían al rededor, según la costumbre de los judíos y aun de los Romanos, apoyada la cabeza sobre la mano izquierda, y el codo izquierdo sobre un almohadon, extendido el cuerpo á lo largo,





*Se echó llena de confianza á los piés del Salvador, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto, y derramó sobre ellos un perfume de gran precio, y un licor precioso.*

y los piés vueltos hácia atrás, una mujer muy desacreditada en la ciudad por su licencia y su mundanidad, habiéndose informado en dónde estaba el Salvador, vino, durante la comida, á casa del fariseo, adonde habia concurrido una gran multitud de gentes; atravesó por entre la muchedumbre, y sin hablar mas que con su llanto, se echó llena de confianza á los piés del Salvador, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto, y derramó sobre ellos un perfume de gran precio, y un licor precioso.

Viendo esto el fariseo, y no sabiendo el motivo, formó mal concepto de un hombre que permitia á una mujer tan desacreditada que se acercase tanto á él. Si este hombre, decia él entre sí, fuese profeta, como se dice, sabria cuál es la mujer que le besa los piés.

Jesus, que leia en el alma del fariseo todo lo que pensaba, no quiso confundirle, echándole en cara públicamente un juicio tan falso y tan poco caritativo, y se sirvió de una parábola para corregirle. Débese siempre, al reprender el vicio, tener consideracion con el honor de la persona: ninguna cosa hay mas cortés, mas atenta, mas circunspecta que la caridad. Admiramos aqui la bondad del Salvador, que, dando caritativamente la leccion al fariseo, sin desacreditarle, hace al mismo tiempo la apologia de aquella penitente. Dos personas, le dice el Salvador, eran deudoras de cierto hombre, la una le debía quinientos denarios de plata, y la otra cincuenta; mas como las dos eran pobres, y no tenian con qué pagar, perdonó á entrambas la deuda. ¿Cuál de las dos en tu juicio le ama mas? esto es, ¿cuál de las dos ha debido



amar mas á su bienhechor para inclinarle á que le perdonase una deuda tan considerable, y cuál de las dos deberá estar mas reconocida por el beneficio recibido? La pregunta del Salvador encierra dos sentidos, segun el parecer de los mejores intérpretes. Es claro, responde Simon, que aquel á quien ha perdonado mayor suma. Has juzgado bien, replica el Salvador; y volviéndose despues hácia la pecadora penitente: ¿Ves esta mujer? le dice; pues juzga de su amor á su bienhechor por lo que ella hace, y por la gracia que yo voy á hacerla: cuando he entrado en tu casa, no me has dado agua para lavarme los piés, segun nuestro estilo ordinario; ella no cesa de regármelos con sus lágrimas y enjugármelos con sus cabellos: no me has dado el ósculo de paz, si bien apenas hay quien falta á esta cortesía; y ella desde que ha entrado no ha dejado de besar mis piés: no has acompañado esta comida de perfumes, conforme á la costumbre; y ella ha derramado sobre mis piés un licor oloroso: ¿no son todas estas señales visibles de su contricion y de su amor? Por tanto, *os digo que se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho*; ó, como dice el texto griego, le han sido ya remitidos. El dolor y la contricion sobrenatural que acompañaban, ó mejor, que habian prevenido las señas exteriores de penitencia, habian procurado ya á aquella mujer el perdon, del que le da aquí el Salvador una entera seguridad. *Aquel á quien se le perdona menos*, añadió Jesucristo, *ama menos*. Estas palabras miran á Simon el fariseo, quien, lejos de haber tenido á Jesucristo aquel amor que obtiene el perdon de los pecados, ni aun le habia hecho aquellos obsequios de amistad que podian exigirse de un amigo.

Veia tambien el Salvador las verdaderas disposiciones interiores del corazon de Simon, y lo que aqui le dice es propiamente una leccion que le da, y que él podia fácilmente comprender. Por fin, no contento con haber justificado á aquella mujer en público, quiso tambien este amable Salvador darle á ella misma una seguridad positiva del perdon de sus faltas pasadas, diciéndole: *Vé, tus pecados te son perdonados*. Este decreto consolatorio de justificacion suscitó la murmuracion entre los que estaban á la mesa; dijéronse en voz baja los unos á los otros: *¿Quién es este hombre que tambien perdona los pecados?* porque en fin, á solo Dios pertenece el perdonar los pecados, ni es este un poder que pueda conferirse á ningun hombre. Algunos interpretan esto en buena parte, y pretenden con bastante probabilidad, que las palabras de los convidados eran mas bien efecto de su admiracion que de su censura. Como todos ellos estaban instruidos del milagro que habia hecho resucitando el hijo de la viuda de Naim, admiraron aquí el poder de Jesucristo. Preciso es, decian, que este hombre sea mas que un simple profeta, puesto que no solo resucita los muertos, sino que tambien perdona los pecados. Sea lo que se quiera de esto, el Salvador no respondió nada; mas dirigiéndose á aquella dichosa penitente: *Tu fe te ha salvado*, la dijo, *vé en paz*. Tú has creído en mí; te habias persuadido que yo podia concederte el perdon de tus pecados; has acudido á mí con esta esperanza. Tú has concebido horror á tus desórdenes pasados; has formado una verdadera contricion de ellos: sabe, pues, que tu fe, tu confianza y tu amor son la causa de tu salvacion. Jesucristo, dicen los padres, opone



aquí la fe de esta mujer á la incredulidad de los fariseos y de todos los que estaban presentes, y no querian creer que Jesucristo fuese el Mesias.

Piensen muy mal los herejes creyendo apoyar en estas palabras del Salvador su sistema de la fe justificante; porque, si la fe condujo á aquella mujer á los piés de Jesucristo, para encontrar en ellos su salud, fué empero la caridad la que la justificó, como expresamente lo declara el Salvador : *se le perdonan sus pecados, porque ha amado.*

Con motivo de este evangelio, se celebra hoy en algunas partes la fiesta de la conversion de la Magdalena, ó de santa Maria Magdalena penitente, que la mayor parte de las casas de recogidas y de penitentes han tomado por titular de sus iglesias, y por patrona especial de sus comunidades.

*La oracion de la misa de este dia es como sigue.*

Haced, ó Dios omnipotente, que la naturaleza humana herida por la intemperancia, se restablezca á su dignidad por una abstinencia saludable, por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La epistola está tomada del profeta Daniel, cap. 3.*

En aquellos dias, hizo oracion al Señor Azarías, diciendo : Os pedimos, Señor, encarecidamente, por la gloria de vuestro nombre, que no nos abandoneis para siempre. No rompáis vuestra alianza, ni retireis de nosotros vuestra misericordia, en consideracion de Abraham vuestro muy amado, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo, á los cuales habeis prometido que multiplicaréis su descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la ribera del mar : porque estamos, Señor, reducidos á un número mas pequeño que todas las demás naciones, y nos vemos hoy humillados por toda la tierra, á causa de

nuestros pecados. Nosotros no tenemos ya en la actualidad, ni príncipe, ni jefe, ni profeta, ni holocaustos, ni sacrificios, ni oblacones, ni incensaciones, ni lugar en que podamos ofreceros nuestras primicias para atraer vuestra misericordia sobre nosotros. Muévaos á recibirnos benigno el corazón contrito y el espíritu humillado con que nos ponemos en vuestra presencia. Séaos el sacrificio que os ofrecemos hoy tan agradable, como si os ofreciésemos los holocaustos de los carneros y de los toros, y de mil corderos gordos, porque los que ponen su confianza en vos, no caen en la confusion. Nosotros vamos ahora á vos de todo corazón, os tememos, y buscamos vuestro rostro. No nos arrojéis de vuestra presencia, antes bien tratadnos conforme á vuestra bondad, y según la multitud de vuestras misericordias. Haced brillar vuestras maravillas para librarnos, y dad gloria á vuestro nombre. Sean confundidos todos los que hacen padecer á vuestros siervos, y sean confundidos por vuestra omnipotencia. Sea abatida su fortaleza; y sepan que vos solo, Señor y Dios nuestro, sois el Señor, el Dios, y el Rey de la gloria en toda la tierra.

NOTA.

Daniel disfrutó de un gran favor en tiempo de Nabucodonosor, de Evilmerodach su hijo, de Baltasar, de Dario el Medo, que le sucedió, y de Ciro. La reputacion de Daniel era tan grande, aun cuando vivia, que era como un proverbio : « eres mas sabio que un Daniel. » Puede decirse que Dios mismo ha hecho su elogio, diciendo en Ezequiel : « Si se hallasen en » una ciudad tres hombres del mérito de Noé, de » Daniel y de Job, garantizarian á sus habitantes » del peligro. »

REFLEXIONES.

*Nos vemos hoy humillados por toda la tierra, á causa de nuestros pecados. Justo es y religioso este sentimiento; pero ¿ es tan comun como es verdadero?*



Reconócese la humillacion, gímese bajo de los aozos con que Dios nos castiga, ríndese bajo el peso de las adversidades; pero ¿se reconoce la verdadera causa de esto? Una pérdida, una desgracia, una muerte precipitada, un accidente molesto, trastornan el sistema mejor fundado, hacen que se frustren todos los proyectos, arruinan, pulverizan una familia floreciente: esos cedros que se elevan hasta las nubes, tenían raíces proporcionadas á su altura; un fuerte viento ha hecho pedazos su cabeza, y el ardor del sol en menos de nada ha calcinado el tronco. Atárganos el golpe; pregúntase quién ha podido en tan poco tiempo trastornar este prodigioso coloso. No falta quien desde luego atribuya estos reveses de la fortuna á la envidia de los concurrentes, á la malicia de un enemigo, á los artificios de la mala fe, á la flaqueza de los apoyos, á su inhabilidad, á su imprudencia. Quiérese siempre que haya habido subterráneos que se ignoraban, causas naturales y ocultas de nuestras desgracias: una enfermedad penosa, la muerte de un padre, de un hijo único, de un esposo, atribúyense siempre á un sinsabor, á un exceso de disgusto, á la intemperie del aire, al desórden de las estaciones, á una indiscrecion poco sensata; ¿quién es el que se reconoce y dice, somos humillados y afligidos á causa de nuestros pecados? Sin embargo, esta es la causa, y muchas veces aun la única de nuestras desgracias. ¿Quién piensa en reconocer que la piedra que ha trastornado aquella alta estatua, que el gusano que ha hecho secar aquella encina tan verde, que el fuego que ha derretido y consumido todos aquellos ricos metales, aquella casa tan opulenta, aquella fortuna tan brillante, es ese contrato

usurario, esa hacienda mal adquirida, esa dureza con los pobres y los desgraciados, ese corazon irritado y ulcerado contra un enemigo; es esa impiedad desvergonzada que se lleva hasta los piés de los altares, esa poca religion, esas impurezas, y esos crímenes enormes de que ya no se tiene vergüenza; son esos hijos tan mal educados cuyos desórdenes se toleran; es la mundanidad, el lujo excesivo, y las intrigas de esa mujer jóven mundana; esos desarreglos de ese marido tan poco cristiano; que es todo esto, ó al menos algunos de estos excesos los que han excitado las tempestades, han causado los naufragios, han arruinado las familias, han hecho desaparecer la prosperidad, que parecia haberse hecho hereditaria en aquella casa? No se quiere reconocer la mano que hiere; y de aqui es que se sienten los golpes sin fruto alguno. No busquemos, pues, en otra parte que en los desórdenes de nuestro corazon el origen de todas nuestras desgracias; agotemos este manantial por medio de una verdadera conversion á Dios, y veremos agotarse nuestras desgracias, ó á lo menos vendrán á ser para nosotros todavia mas útiles que la prosperidad, por el buen uso que haremos de ellas.

*El evangelio de la misa es tomado del cap. 7 de san Lucas.*

En aquel tiempo, rogó á Jesus un fariseo que comiese con él, y habiendo aceptado Jesus, se sentó á la mesa en casa del fariseo. Inmediatamente una mujer, que vivia mal en la ciudad, sabiendo que él (Jesus) estaba á la mesa en casa del fariseo, tomó un vaso de alabastro lleno de un licor oloroso, y estando detrás junto á los piés de Jesus, comenzó por regárselos con sus lágrimas, los enjugaba con sus ca-